

– ¿Estuvieron muy presentes durante la escritura?

– Hay algo que me ha atraído en la historia del Mediterráneo desde muy joven. Es notable cómo las viejas familias sefardíes conservaron el recuerdo de su origen español e incluso, hasta la época de mi abuelo, el uso de un tipo de español de entre los muchos idiomas que hablaban. Pero mi familia no pudo permanecer en España después de 1492 y pasó 400 años en el otro extremo del Mediterráneo, en lo que hoy es Israel. Durante ese período, sabemos que también vivieron en Esmirna y Livorno y visitaron Constantinopla y Salónica, entre otros lugares. Así que cuando escribo sobre personas que cruzan el mar me veo obligado a pensar en ellos.

– *El gran mar* es una biografía del Mediterráneo como unidad desde 22.000 a.C a 2010. ¿Cuál fue su secreto para no perder pie en un período tan extenso?

– La Historia trata sobre los cambios a lo largo del tiempo y resulta vital poder ver el panorama general, sin dejar de llevar a cabo, por ello, una investigación exacta sobre segmentos más pequeños. Por suerte, siempre he estado interesado en el mundo antiguo y en el uso de la evidencia arqueológica, por lo que no siento demasiado miedo al aventurarme en esa zona. Y algunos arqueólogos distinguidos andaban a mano para asesorarme si me equivocaba de dirección, que es una de las grandes ventajas de ejercer en la Universidad de Cambridge. Otro asunto es recordar las continuidades, o al menos similitudes, entre las experiencias de los que

cruzaron de ida y vuelta a lo largo de siglos y milenios. Me refiero a las colonias comerciales de los fenicios primero, luego los genoveses y catalanes, y más tarde los franceses y británicos. O la fascinante cuestión de cómo las ciudades portuarias se convirtieron en el hogar de pueblos de diferentes religiones y orígenes étnicos, y cómo coexistieron; la Alejandría del año 200 a.C. y la de 1900 d.C. tenían mucho en común.

#### LA SOMBRA DE BRAUDEL

Los estudios del *mare Nostrum* ha vivido durante las últimas décadas a la sombra de Fernand Braudel, el revolucionario historiador francés que en 1949 publicaba una de las cimas de la historiografía de todos los tiempos: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (FCE, 2001). En sus dos mil páginas ensamblaba, a caballo entre la corta, la media y la larga distancia, el puzzle histórico y geográfico de la “llanura líquida”. Abulafia, sin dejar de rendir un justo homenaje al francés, marca sus propias distancias.

– ¿Cuáles son?

– Mi primer libro, sobre el comercio del Reino de Sicilia, se hallaba fuertemente influenciado por Braudel, por lo que no se puede negar su ascendiente en mi formación intelectual. Comprendió la importancia del comercio en la historia marítima, aún cuando aparentemente el tema central de su obra era la batalla de Lepanto de 1571. Pero por otro lado, nunca me convencieron su desprecio a los

simples hechos, y la falta de atención que él y sus seguidores prestaron a las decisiones políticas concretas que pueden alterar decisivamente las relaciones sociales y económicas. No le interesaba la historia de la religión y, sin embargo, las ideas religiosas fueron algunos de los más pesados equipajes de aquellos que cruzaron el Mediterráneo –los dioses griegos, la Trinidad cristiana, la religión de Alá. Subestimó además el papel de la toma de decisiones individuales y ha sido criticado con mucha razón por su excesivo determinismo. Su énfasis en el papel formativo de la geografía física de la región mediterránea se ha llevado al extremo. Montañas y llanuras, sus obsesiones, no explican realmente Lepanto.

– Para usted, sin embargo, el papel de la decisión individual resulta muchas veces crucial.

#### Las decisiones políticas concretas son cruciales en la Historia. Alejandro fundó Alejandría debido a un sueño y transformó así la historia del Mediterráneo”

– El ejemplo de la toma de decisión individual que siempre me gusta citar es el de la fundación de Alejandría por Alejandro Magno como resultado de un sueño. Fue guiado así a un lugar inadecuado donde fundó una ciudad cuya presencia transformó la historia de todo el Mediterráneo. Pero digamos con justicia que Braudel ha sido en ocasiones traicionado por sus seguidores posteriores que pensaron que adoptaban sus métodos, pero fueron menos sensibles a su sutil comprensión de cómo interrelacionan el comer-

cio, la política y el entorno físico.

– ¿Es tal vez Alejandría la ciudad que mejor cifra la historia del Mediterráneo?

– Creo que sí, Alejandría fue hasta mediados del siglo XX un lugar de muchos pueblos, creencias y lealtades políticas que parece haber funcionado bastante bien, aunque hay que decir que la población nativa se mantuvo en una posición más bien subordinada. A los italianos, griegos, turcos, judíos, etc., les gustaba pensarse a sí mismos como europeos que viven en el borde, pero no en África. Con altibajos, Alejandría ha poseído ese carácter mixto la mayor parte de su historia. Es triste que todo haya desaparecido.

– ¿Quién “inventó” el Mediterráneo? ¿Homero, tal vez?

– No creo que Homero se hiciera mucha idea de la unidad del Mediterráneo. Los viajes de Ulises parecen basarse en el conocimiento desde el Mar Negro hasta las aguas occidentales de Ítaca. Tal vez se tratase de los fenicios. Me

imagino que habrían utilizado el mismo nombre que los israelitas, *Yam Gadol*, “Gran mar”, el título que utilicé para mi libro. Fueron ellos los que primero se extendieron por todo el Mediterráneo mediante la creación de rutas comerciales que unían lo que hoy es el Líbano hasta el sur de España y Marruecos. Y luego los romanos, por supuesto, que hicieron realidad su *Mare Nostrum*, pues una sola potencia gobernó el Mediterráneo como nunca antes ni después.

Como catalejo para el lector de tan dilatada cronología, el